

“Escribir es como hacer pipí”: Eduardo Caballero Calderón

BEATRIZ CABALLERO*

Fotografías: archivo familiar



A MÍ TAMBIÉN ME PUSIERON DE TAREA A EDUARDO CABALLERO CALDERÓN...

—Papá, ¿tú qué prefieres: que venga a estar contigo o que escriba mi libro sobre ti?
—Que te quedes conmigo...”

ESCRIBIR es como hacer pipí... Escribir sin ganas, es como hacer pipí sin ganas.
Y cuando toca parar, es como si le cortaran a uno el chorro...

Eso decía papá. Papá es Eduardo Caballero Calderón. Desde niña tuve la angustia de que algún día me iban a preguntar sobre él y yo no iba a saber qué contestar. Porque él era escritor, periodista, salía retratado en los periódicos, era un señor importante. “Hasta 1967, era corriente la afirmación de que Eduardo Caballero Calderón era el mejor escritor vivo del país”, dice el crítico literario Jacques Gilard en su libro *Veinte y cuarenta años de algo peor que la soledad*.

—¿Qué dice aquí? Léeme, que no veo bien— decía haciéndose el que no alcanzaba a leer. Y era algo que había salido sobre él en el periódico, en una revista, o era el primer ejemplar de un libro recién salido de la imprenta.

Era desesperante esa cantidad de niños de colegio que llamaban a la casa por teléfono porque les habían puesto a papá de tarea. Al principio era divertido, pero cuando ya eran treinta las llamadas en una sola tarde, nos empezamos a aburrir. A veces papá mismo era el que contestaba:

—Tengo que leerme *Siervo sin tierra* pero me da pereza, ¿por qué no más bien me lo cuentas...?

—Porque ya se me olvidó...

Una niñita más envalentonada, cuando supo que estaba hablando con él le dijo:

—¡Pues ni se sueñe que me voy a leer su jartera de libro! Y le colgó.

Otro día le preguntaron:

—¿Cuándo naciste?

—Pues... el 6 de marzo de 1910.

—¿Y cuándo te moriste?

Ese día, mamá que era tan práctica, escribió a máquina su biografía en una hojita de papel, se la llevó al señor de la papelería del barrio, y él la fotocopió y empezó a vender a veinte centavos.

* * *

Pues tal y como me lo temía a mí también me llegó el día en que me pusieron de tarea a papá, ¡y yo que no me lo había leído! ¿Para qué, si en la casa, en la sala, en

Página anterior:

Eduardo Caballero Calderón (1910-1993) “...eso no es una profesión, es una especie de enfermedad que le da a uno con la máquina de escribir...” (video “El escritor y su paisaje”).

* En 1989 Procultura me encargó para su colección de “Clásicos colombianos” una biografía y antología de la obra de Eduardo Caballero Calderón. Me sentí muy honrada pero alegué que yo no era crítica literaria ni mucho menos, simplemente su hija. Como la colección buscaba hacer unas “biografías humanas”, para estudiantes, escritas por alguien cercano al autor, me convencieron y la escribí. Procultura no la publicó. Porque me salí de las normas de la colección, y en su comité de sabios a uno le pareció “inces-tuosa”, y a otro, que Caballero Calderón “merecía una biografía más seria”, cosa que yo había dicho desde el principio.

Beatriz Caballero.

Fotografías de Luis B. Ramos, Abdú Eljaiek, Antonio Nariño, Manuel H., Hernando Vergara, El Tiempo y otros.

Trabajo fotográfico: Alberto Sierra, Mateo Pérez y Elizabeth Jiménez.



—¿Tu papá es escritor?
—Él es dictador, la que escribe es mamá.

el comedor, le oía contar lo mismo que escribía? Me acuerdo muy bien de un día, en que no habíamos terminado de almorzar y se levantó afanadísimo de la mesa: —¡Eso está interesantísimo, voy a ver qué pasa! Y “eso” era *Siervo sin tierra*, o el *Cristo de espaldas*, o *Manuel Pacho*.

A las siete de la mañana, antes de coger el bus del colegio, nosotros pasábamos a despedirnos de mamá y papá a su alcoba que estaba todavía en penumbra, y nos daban un beso entre sueños. Papá había escrito hasta la madrugada, en la cama, con mucho cuidadito de no ir a despertar a mamá. Escribía a mano, con lápiz o estilógrafo de tinta azul, en un bloc tamaño media carta sin rayas; después, con bolígrafo en un cuaderno de colegio cuadrículado y de resorte, con una letrica que con los años se le fue achicando a tal punto que llegó a no entenderse él mismo, y yo se la tenía que descifrar. Por las tardes escribía en la sala, sobre una tabla, sacada de un roble de la montaña de Tipacoque. Se pone sobre los brazos de la silla, a manera de pupitre, con “recado de escribir”: cuaderno, lápiz, gafas, cigarrillos, cenicero, tinto o lo que sea, donde nos seguimos instalando yo y Antonio.

A las ocho de la mañana se tomaba un jugo de naranja y una changua, con harto culantro. A eso de las nueve, ya desesperado, tapaba a mamá hasta casi asfixiarla con las sábanas para que se despertara; se volteaba hacia su lado haciéndose el que estaba leyendo. Se desayunaban juntos en la cama y leían los periódicos. Eran cuatro: *El Tiempo*, *El Espectador*, *La República* y *El Siglo*; como era periodista se los mandaban todos. Nosotros éramos los niños que leían más tiras cómicas, en cambio teníamos prohibidos los cómics. Una vez descubrió los que mis hermanos tenían escondidos y los echó a la chimenea, uno por uno, en un acto de crueldad, con nosotros mirando: *Tarzán*, *Dick Tracy*, *Roldán el temerario*, la pequeña *Lulú*... Yo que era la más chiquita y no sabía leer, todavía me acuerdo.



Papá escribiendo con dos dedos...

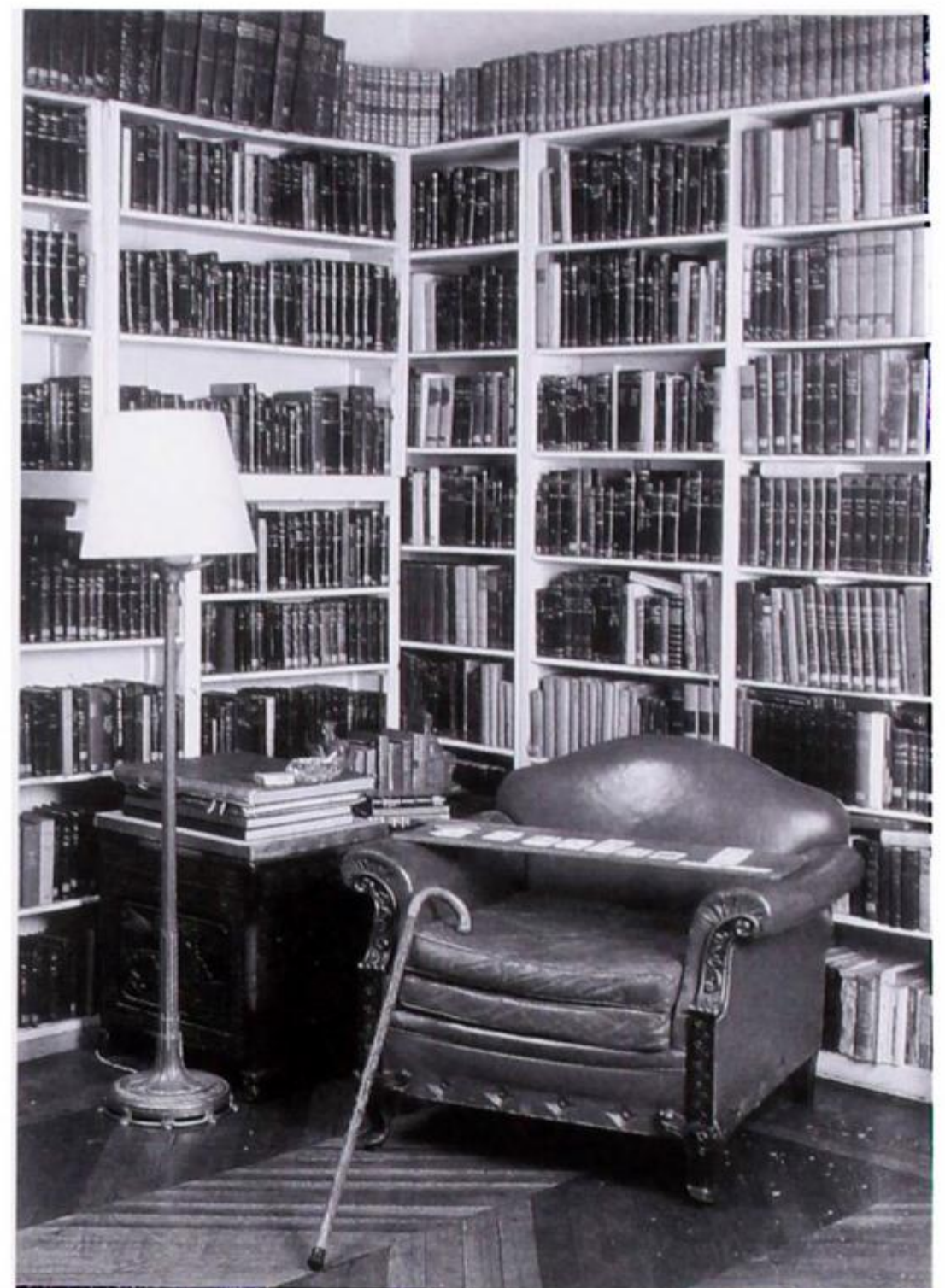


... y mamá con cuatro.

A las diez, bajaban a la sala a pasar a máquina la nota para el periódico, o lo que papá estuviera escribiendo en ese momento. Mamá alistaba su maquinita Olivetti Lettera 22 —porque era de ella—: todos, incluso papá, teníamos prohibido tocarla pues era la herramienta de trabajo de la casa, decía ella. Limpiaba el rodillo con un algodón mojado en alcohol, las teclas y los tipos con un cepillo de dientes, y metía el papel: unas hojas de papel periódico tamaño oficio que mandaban de El Tiempo. Papá empezaba a dictar, caminando aprisita de un lado para otro de la sala, en las puntas de los pies por su pata coja, descalzo, en pijama o en bata. Mamá tecleaba llevándole la voz, y eso que escribía sólo con cuatro dedos. Papá alcanzó a ser capaz de escribir con dos en sus tiempos de trasnochar en el periódico y a lo cual le



“Nosotros le robábamos el bastón y dictábamos, cojeando: ‘El bus bramaba, coma, gemía, coma, escupía, coma, trepaba cuesta arriba punto’”.



“... de tanto vivir en su casa, sentarme en su silla, escribir en su tabla, ordenar su biblioteca...” (Beatriz Caballero).

achacaba su insomnio. Nosotros lo remedábamos. Le robábamos el bastón y nos hacíamos los que dictábamos, cojeando: “El bus bramaba, coma, gemía, coma, escupía, coma, trepaba cuesta arriba punto...”

Mamá pedía un tinto y encendía un cigarrillo. Ella se fumaba un paquete diario de Nacional y él, dos de Pielroja. Papá cambiaba un adjetivo, cortaba una frase larga poniendo un punto, empezaba la siguiente con “Lo cual...”, y ¡ras, ras!, rasgaba sus hojas escritas a mano y las tiraba lejos.

—¡Salimos de esa vaina! Y subía a bañarse.

Mamá se iba al garaje a calentar el carro. Él bajaba y lo llevaba a El Tiempo, en la Jiménez con séptima, a entregar la nota.

Una vez me preguntaron:

— ¿Entonces... tu papá es escritor?

— No, mi papá es dictador, la que escribe es mamá.

Cuando escribía un libro, lo hacía primero a mano, después se lo dictaba a mamá, corregía el texto a máquina, se lo volvía a dictar, tachaba un par de comas ¡y quedaba! *Manuel Pacho* lo escribió en tres semanas —de su puño y letra en el bloc en que lo escribió, que yo lo tengo, dice el día en que lo empezó y el que terminó. No empezaba a escribir hasta que tenía todo en la cabeza; entonces lo soltaba de un tirón. “Hay que escribir aprisa y corregir despacio”. Para la radio dictaba de viva voz, sin haber escrito antes.

Escribía a partir del recuerdo. Decía que tenía una memoria fotográfica, y que no escribía en el mismo sitio donde había sucedido lo que estaba contando.

Tipacoque lo escribió en Lima, *Ancha es Castilla* en Tipacoque, *El Cristo de espaldas* —que sucede en Soatá, en Tipacoque, o en todo caso en Boyacá— lo escribió en la Sabana de Bogotá. *Siervo sin tierra* lo escribió en Madrid, y sus *Memorias infantiles* en París. *El buen salvaje* tal vez es la excepción: lo escribe *in situ*, y es una radiografía de las calles, la vida y la soledad de cualquier estudiante latinoamericano en París.

Caballero Calderón escribió su vida entera: cerca de treinta libros, infinidad de artículos en periódicos y revistas, notas para la radio; cartas, crónicas, editoriales, comentarios, críticas, guías de turismo, prólogos, dedicatorias, necrologías, recomendaciones, informes, memorandos y decretos. Durante cincuenta años fue periodista y especie de faro moral del país por su crítica constante al gobierno, su espíritu democrático, su preocupación por el campo y la provincia, su afán bolivariano. Hasta 1987 cuando se retiró de *El Espectador* diciendo: “Estoy hartos de escribir y creo tener derecho al silencio y a que me lo respeten inclusive personas tan dignas de perturbarlo como ustedes...”

* * *

Cuando me senté a escribir este libro sobre papá estaba convencida de que me lo sabía todo. Luego comprendí que no me acordaba de nada de lo que él contaba en la casa, en la sala, en la mesa, porque yo lo oía como quien oye llover. Me entró la angustia y corrí a pedirle que me lo contara todo otra vez: ¿Cuándo te quedaste cojo? ¿Por qué nos echaron de Tipacoque? ¿Cómo podía tu papá ser general en la guerra de los Mil Días si no era militar? Y ¡por fin! me puse a leer sus libros, a recopilar sus artículos en los periódicos, a esculcar los fólderes de cartas enviadas y recibidas archivadas por mamá. Entonces comprendí que a Caballero Calderón yo sí me lo sabía. Y comprendí también, de tanto vivir en su casa, sentarme en su silla, escribir en su tabla, ordenar su biblioteca, vivir en Tipacoque, mirar y remirar sus álbumes de fotografías, que todo lo suyo, su vida, que es parte del país y es la vida mía, y eso era lo que tenía que contar. —¿Qué es lo que tanto escribes sobre mí?

No se lo alcancé a mostrar, por esta manía mía de corregir. Pero en el fondo a él le daba igual, con tal de que yo estuviera con él.

Ahora que papá no está, y leo y releo sus libros como una manera de seguir sintiéndolo cerca, he llegado a entender por qué Caballero Calderón es considerado un clásico de la literatura colombiana. Y me he convencido de que no hay que leerlo por obligación sino porque cuando se lee es como si uno estuviera allí, se sabe de lo que está hablando, tiene algo que ver con uno, o es de algo de lo que ha oído. Como yo puedo resultar poco objetiva, he dejado que comenten sus libros otros —estudiosos y críticos de literatura, que además ayudan a situarlo en su contexto. Y ante todo lo he citado a él, lo he puesto a hablar, con sus propias palabras: porque lo que de verdad me interesa es ser capaz de dar a conocer a Eduardo Caballero Calderón para que den ganas de leerlo.